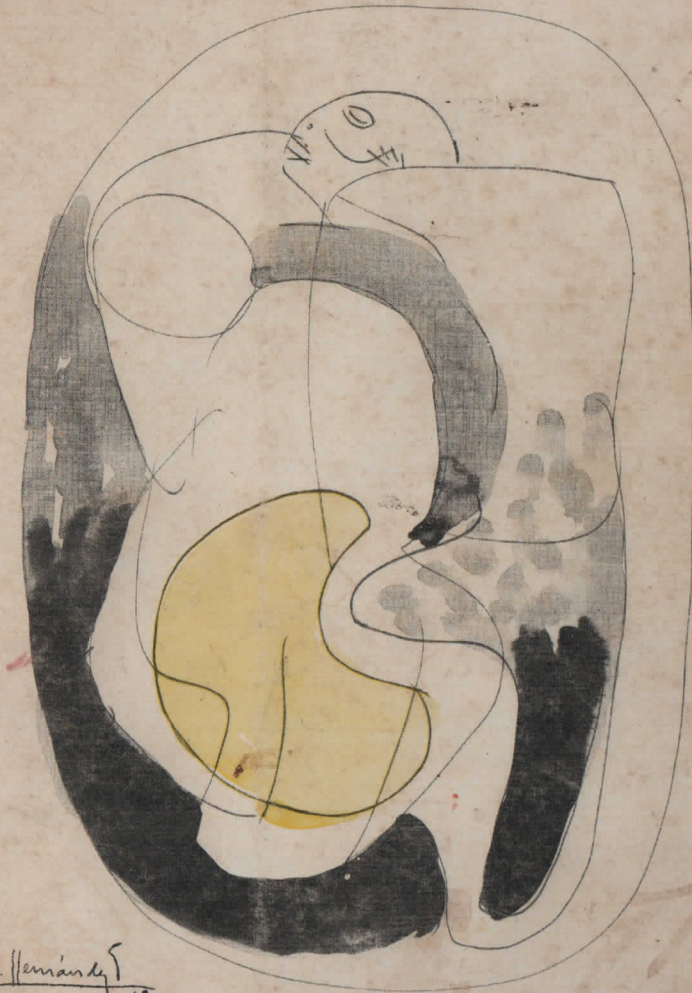


el herrero del cuerpo



J. Hernández
68

Ecuador 0° 0' 0''
Revista de Poesía Universal
Director
Alejandro Finisterre

Impreso en México
por
Gráficas Menhir, S. A.
18 de Abril de 1968

el herrero del cuerpo

**por
leopoldo ayala**

**ilustraciones
de
hernández delgadillo**

finisterre

las niñas que expiaron de sed por la entrepiera
donde jamás tuvieron un arado y dos bueyes,
los duros picadores pródigos de sus músculos,
muertos con las heridas rodeadas de cuernos:

Miguel Hernández.



La tarde entre tu cuerpo,
el filo que altera la mirada cambiante
dibuja los temblores sumergidos en el alma
y desencaja el rumor transparente de tu cuello humedecido,
los párpados buscan la ausencia de nosotros mismos,
y el tiempo saliéndose del sueño
termina en el intento del propuesto asalto.

Hay rubor en las piernas
y silencio en los senos casi desolados.

Tu espalda te acumula alrededor de las horas
sedienta de guardar la concavidad del camino.

Los días comienzan otra vez entre las manos
y suspenden en el viento los preliminares insomnios
ahora ajustados al peso del alba,
el alba que mira por debajo del pulso consumado en la memoria
latiendo curvado por la luna.

Sobre la piel toda llena de centros brillantes
atravesan las primeras tristezas.
Poco a poco nos vamos devolviendo.

Las manos empujan presagiando la ternura;
aguarda el encuentro cada palabra,
y tus ojos reflejados en el techo, negras heridas,
anudan cada transcurrir de los labios.

Abordamos el misterio y ya no hubo temor;
el cuerpo se humilló perdido,
y lanzando la vida que tenemos,

nos abandonamos en las hondas tinieblas
que nos delimitaron.

Nuestros cuerpos salvados
miraron cómo las cosas comenzaban a insertarse
en esa nueva imagen repentina.
Sostenidos por el semblante inmutable
que mantuvo su respiración vacilante
el momento hizo tangible
nuestro mundo original.

Tan cerca de la vida
cubrimos el sol con nuestros cuerpos.
El triunfo estaba en mirarnos sin mirarnos siquiera.

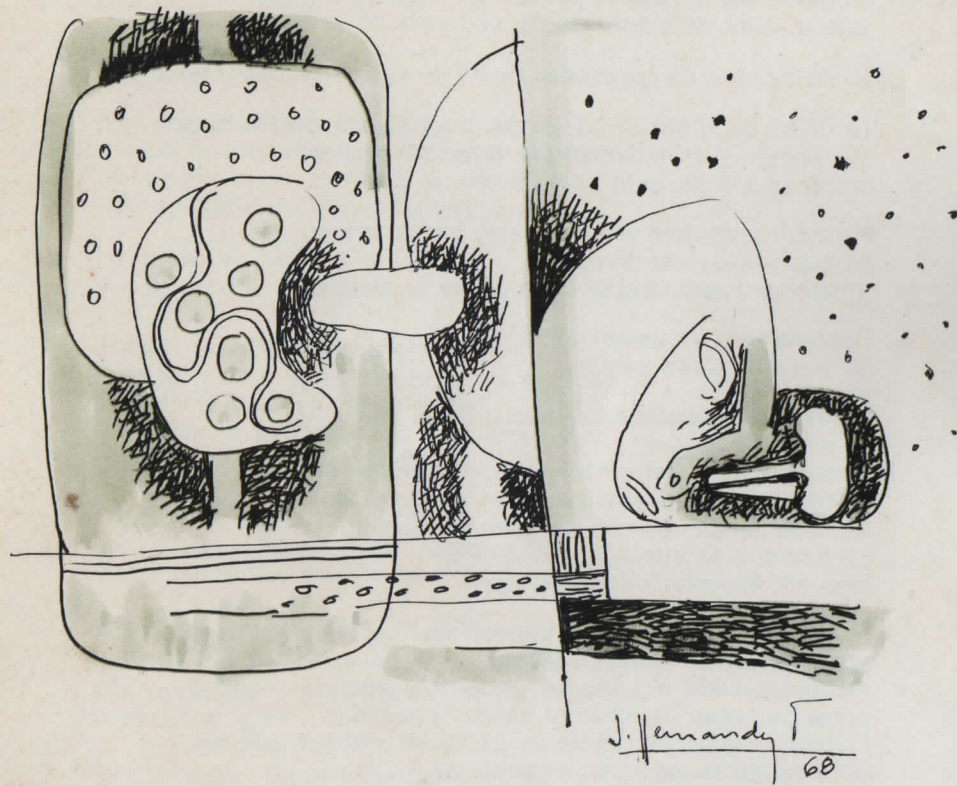
Sólo la soledad conjunta alimentó nuestros bosques resonantes.

Sólo la angustia de mirarnos
restituyó lo que habíamos perdido.

||

Apenas el recuerdo empezaba a formarse
y las huellas antiguas crecían en los labios.
Adormecidos en la luz vertíamos la noche
verde de brazos y cristal.
El viento olía a magnolia y soñábamos
arrojando nuestros deseos al arroyo
que se levantaba a detenerlos más limpios sobre la hierba.
Nuestras voces convergentes caían desde el futuro.

Estabas tranquila bajo tu cuello liso
y tus hombros de flácida escultura.
Yo quería descifrar tu desnudez de amante



detenida en fúnebre centella,
y decirte esta angustia de lobo
que olfatea el rastro del enemigo,
esta tumba ávida que aguardaba en tus rodillas, tu piel,
azotando los temblores aurales de inevitable condena,
este abrazo resonante desde el fondo de la muerte.

Terrible deseo de conocer el fondo de la caricia más íntima.

Te sentía en el secreto dolor de una boca de sutiles lazos
que amaga obstinadamente la línea del cuerpo,
la dimensión de todo lo posible.

Para contemplarte era necesario transcurrir
en tus brazos cercanos
y detener bruscamente la caída de la sangre.

Descendimos el único latido
de nuestra ciega semilla.

Hemiciclo atrapado en el hueco de la mano
el amor se mueve,
hace que cada estremecimiento encuentre su medida exacta
y lanza un nuevo rostro salvado al movimiento inacabable,
los ojos tienden su red por todo el cuerpo
y retorno a la cueva primitiva
que me envolvía infinita y sabia.

El traficante rostro ardió impaciente,
quiso fecundar nuevas redenciones,
reconstruyendo el lomo de pasados espectros
antes de haber limitado tu belleza posible.
El cuerpo se acunó detrás de gastadas desesperaciones
libre ya de su pequeño cementerio,
necesario y culpable.
Despierto hacia el angosto círculo

reinició su eterno viaje,
invadió sus formas en el inmemorial olvido
y apuntó sus límites hacia su soledad.

III

En esta intimidad, siento tu cuerpo
fijo en la memoria y permitiendo la huída;
tu cuerpo, quizá la clave de mí mismo
que apuntala mi laberinto terrestre.

La noche se niega a sostenerme
y despierto a tu abismo.

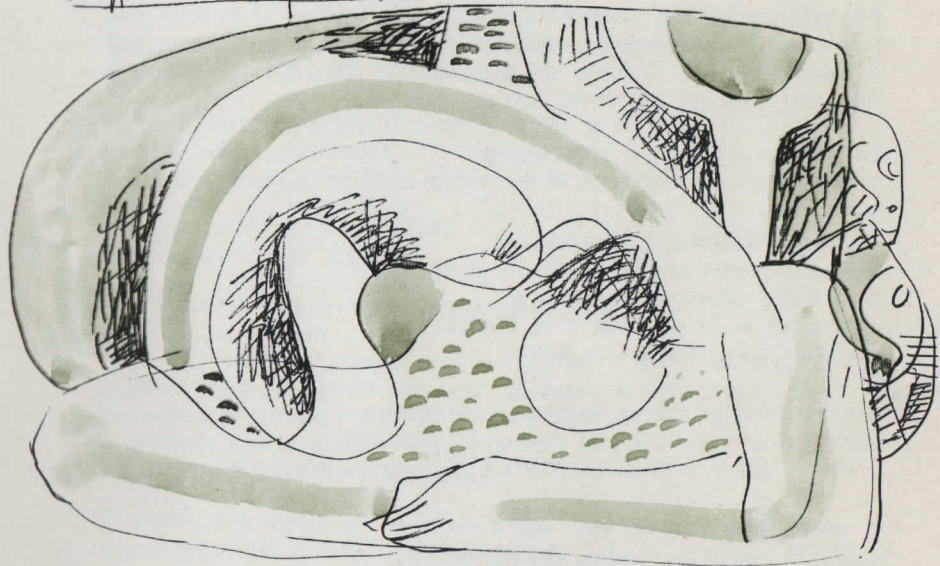
Habito recuerdos buscándome:
cigo los pasos sonámbulos en el agua
y la duda primera, temblando
sin saber si la espalda o la tristeza
esperan para darle una forma.

Vigilábamos entonces la pupila mezquina
donde el arroyo tenía las primeras lágrimas
y sólo el silencio bruñía nuestros semblantes recién labrados.

A veces nos mirábamos
dejando nuestras huellas desmoronarse;
sólo creíamos en el reposar de las manos
tocando el rumbo del sueño.

La posesión era perfecta sobre tu frente ardiendo
y tus piernas sigilosamente enlazadas.
Con qué ansia veíamos nuestra ternura arrogante.

J. Hernández 68



Hasta dónde llegaba entonces el cuerpo.

Pero nunca los ojos tuvieron el amor
persuasivo como rostro atormentado;
profunda desesperación del alma acorralada.

Qué incógnita, aguda voluptuosidad
se contempló en los tranquilos muslos.

El tacto había ondulado nuestros cuerpos
defendiendo atrozmente la cara mentirosa.

Qué dolor en esta negación infinita de nosotros.
Lo perdimos todo a la orilla del cuerpo
y nos inundamos para sentir la certitud de nuestra muerte.

Tratamos de asirnos a las palabras
multiplicándonos en cada frase renovada
sin que ninguno preguntara siquiera
porque la respuesta era guardar celosamente
la queja compasiva,
y el transcurrir debía limitarse en cada poro de la húmeda piel.

Quisimos salir,
tendernos con los ojos cerrados otra vez entre los árboles;
pero los árboles se convirtieron en espíritus hostiles
y solamente los clavamos de sueños.

La noche surgió en los labios secos,
fija en tu forma inmediata
que no es sino el vértigo desplegando su dureza.

Nos asimos las manos caminando de espaldas,
aprendemos que el orden nos vence con su expresión incalculable,
y sólo se salvan nuestros ojos.

Esperamos el seno reivindicante que rescate nuestro cuerpo;
pero nos arranca ahogados y endurecidos.

En esta intimidad en que te pierdo,
el tajo del silencio cruza renovadamente otros cuerpos.

para Teresa Selma.

IV

Cuando las horas se nieguen al habituado llanto
y los amigos que han caído sin fecha
otra vez se deploren ausentes,
algo más de mí habrá muerto nuevamente.

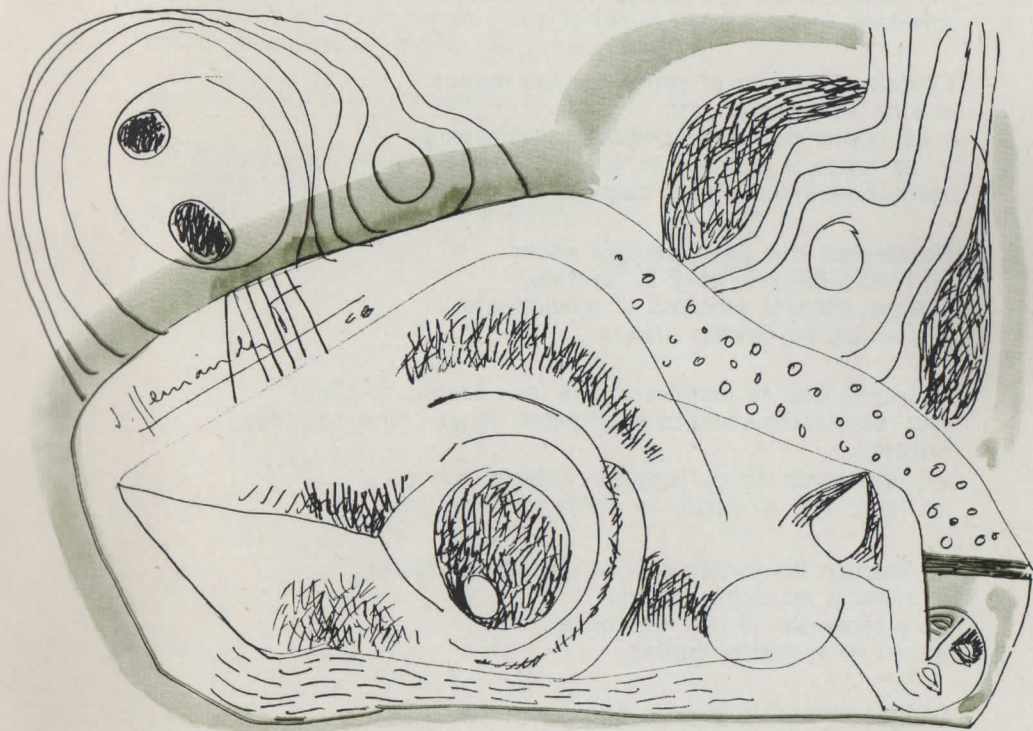
Ten compasión entonces de las cosas que he buscado
y guardado en mis días perdidos.

No acudiré a preservar tu sonrisa
ni acallaré el temblor que oscile en las estrellas
satisfecho con tu espalda lívida.

¿Llevarás sobre tus hombros mi ausencia?

No escribas con la pluma de las líneas gruesas
las palabras que cayeron sobre nosotros
—la primera vez desde los árboles—
después de cada movimiento de los tensos cuerpos.

No digas cuando tu pecho guardó sobre la tierra
las hojas secas que apretamos juntos
caminando.



Amante infantil de juncos fugitivos,
cuando crezcan las horas
y tengas que seguir fabricando ornamentos
alrededor de tu cuello,
y la amargura gaste en reclamos tu boca,
mariposas secas que contempla el cristal,
¿olvidarás mi nombre?

Cuando al trenzar el pan entre tus manos
el vino se haga aliento
y dé nueva vida a las pequeñas primaveras
y las lance a escudriñar nuestros celosos pensamientos,
¿arderé otra vez en las cuencas de tu memoria?

No pienses que cada palabra nacía
en medio del cuerpo y su sentido,
aunque alterara amorosa el movimiento
y atracara en cálidas arenas.

Recuerda que mi nombre vencía las sábanas inútiles
y tu respiración acallaba el golpeteo de las conversaciones,
fatigada,
introduciendo en tu lenguaje hábitos nuevos,
en tanto que el viento se ataba a tu cintura.

Te entrego las tardes en que no pude hablarte;
el silencio en el día elegido
para atravesar el mar de cobre
inicial de nuestros límites.

Callada sobrevive al peso de mi muerte
y desde ella,
vuelve a unir las manos que sostuvieron las mías;
pero no toques esta eternidad

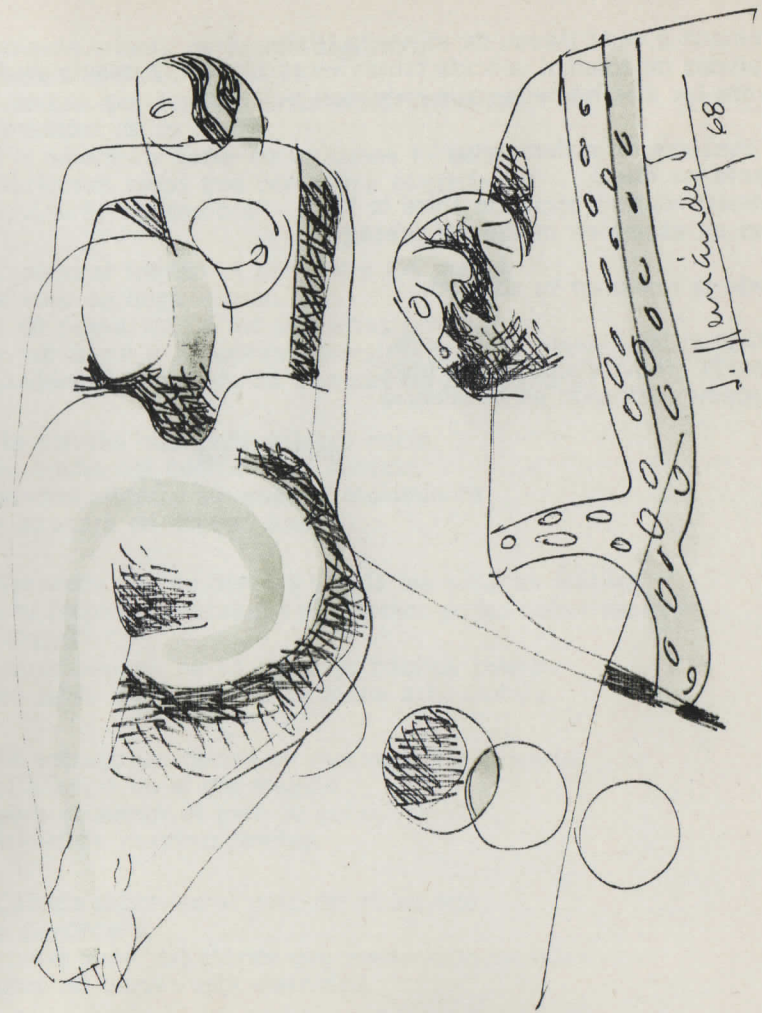
fulminada a cada trance de mi vuelo triste;
no aludas mi soledad vencida tantas veces junto a la misma piedra,
o entre las alas húmedas que rodeaban el lago.

No penetres mi aislamiento;
amante en duelo
tu deseo maduro asciende entre la luz
como un espejo en medio del presagio.

Hunde la mano en tu soledad.

Te dejo el testimonio de la tarde
detenida prematuramente en fuga;
guárdame restituído en tu silencio.

para Kristin



CANTO DE DESPRENDIMIENTO

Detrás de mí te resistes a partir
apenas te presiento incapaz y suspensa
como ciervo cercado.

Un solo sentido fue suficiente
para advertirnos pares,
ligeros en un abrazo prometido.

Ojalá pudiéramos recuperar aquellos torsos desnudos
en que nos reconocimos como la única posibilidad
que desviara la jabalina certera.
Quizá fue una gacela
cargada del impulso de saltar sobre el cuello,
sobre los labios
y mirar hacia adentro.
Si todo estuviera en nosotros
no encontraríamos la vibración profunda del cuerpo,
ni reflejaría la blancura del espacio
un lago entero,
una península gris,
un bosque áspero.

Hemos sido una inscripción,
la sombra de un pensamiento enlazado en la lluvia;
pero tan piadoso
que sólo su arrebató alimentaba los actos más puros:
tempestad modulada en las horas contiguas.

Nada se irá ya de nosotros.

Huye el olvido y desgarró la angustia
y aquellas cavidades que nos sostuvieron como constelaciones
destruyen la línea de nuestro propio cadáver.

En vano el alba inventa ausencias
juega con las estrellas anónimas y errantes
y germina al borde del cuerpo.

Un grito en las calles desgasta el horizonte.

Tu cauce se va desvaneciendo doblemente abandonado,
endeble eucalipto de sueño
que alguna vez escaló nuestra infancia
tratando de advertir el tamaño del cielo.

Dentro de tí el mundo,
en los poros de tu piel: días,
nombres,
amigos carnavalescos
asaltados en callejuelas donde transitaba su holgorio.

En la pradera de la noche
hemos inventado el estupor de la presa cercada
descubriendo la pavora hasta el fondo
con las patas adheridas al risco.

El eco de la tierra contesta
a la desolación de la sangre
en el crepúsculo de este mundo impreciso.

Ya no hay danzas en las pupilas sencillas
ni ángeles vagabundos
ni bestias ardiendo al contacto de la avena endurecida.

Abandono el asilo de tus muslos
gimiendo,
y el olor de cacería
y tu abrazo como enredadera machacada
y tu sudor de látigo y vigilia
intentando una armonía que traspase la estatura del cuerpo.

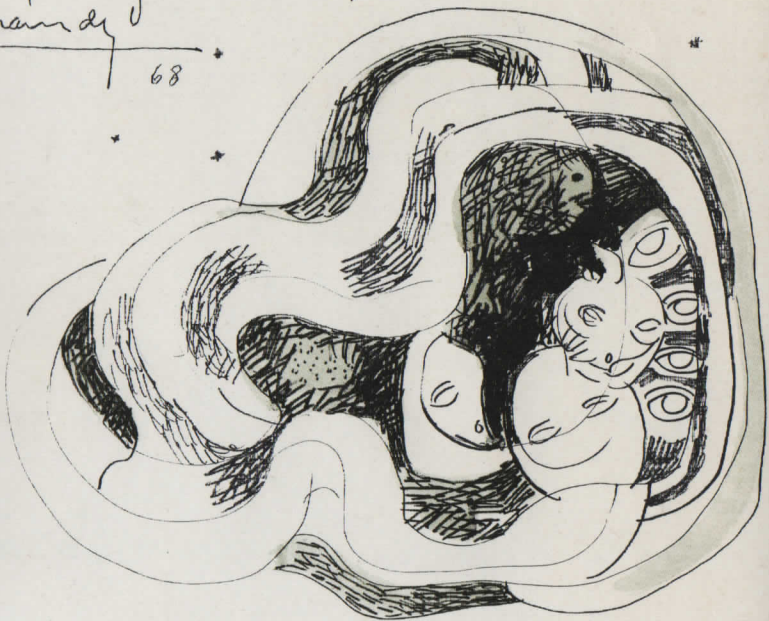
Te siento tan antigua como esta tierra;
palpo tu corteza delgada

como la huella de mi última semilla
y en ella hundo las manos
para estallar en el centro preciso de tu sexo y recobrarne.

Comprendo tu longitud necesaria,
te hago responsable del amor
y tallo tu forma con astillas de muerte.

CANTO MINIMO

J. Hernández
68



Camino otra vez la línea de tu espalda,
todo lo hemos buscado detrás de la tarde,
te digo que te amo sin alas
ni palabras,
tus manos me circundan
y otra vez tejen tu cuerpo entre mis manos,
el verde de la tierra me sube por los dedos
y en mi sangre se agolpan tus senos
levantando su rumor de mosaico y vestido.
Recorro tus hombros lado a lado
y mi paso se acelera y alcanza tu vuelo:
un pájaro cruza en diagonal infinita
y huye hacia la frente
como espejo que abre sus labios y resbala
endureciendo nuevamente nuestros cuerpos
—dulce trepar que desliza los minutos vivos detrás de ti.
Un viento que rechaza los muros
y se pierde esperando tus cabellos
hambrientos como abejas
suspensos en el color del mediodía.
Un ruido leve
cansado de un mundo de sonidos
que se desvanece al abrir los ojos
y nos abandona en la niebla de alguna superficie.
Un lanzar la memoria en la mañana
y buscar en algún límite los nombres encerrados.
El miedo al insomnio
tiene también el miedo de despertar
y encontrar entre las esquinas de la piel
el lugar de algún sueño.
Vamos inevitablemente hacia nosotros mismos
con los labios abiertos

invadiendo nuestras formas
que caen del cristal de la ventana.
Tiembla el encuentro en nuestras bocas
como plumas espesas
y da vuelta a las palabras
sin alcanzar el misterio de sus signos.
Tratamos de advertir la respuesta
del lado donde crece el musgo,
pero nuestro cuello se surca de estrellas amarillas
doblando la prisa del cuerpo
y enmudecemos la piel y el brillo de las hojas.
Hemos pensado también en esto,
nos detenemos frente a una calle larga
sin intentar volver el rostro
y aguardamos.

Mi abandono cerrado escapa a tu contacto.
Tu forma desordenada por la tierra
invade el momento mismo
y empuja su huella
a esta ausencia que reclama el pulso de las horas
presagiando que ha muerto retenida del tiempo.
Un gemido se queda a la mitad del salto
y olvida su pica hundida en la estrella más próxima.

(El cuerpo soñaba entonces en el ojo de un pez
sobre la arena,
asido como el musgo en el umbral de tu cuerpo
con los labios en medio del crepúsculo
lleno hasta el borde mismo de los ojos).

II

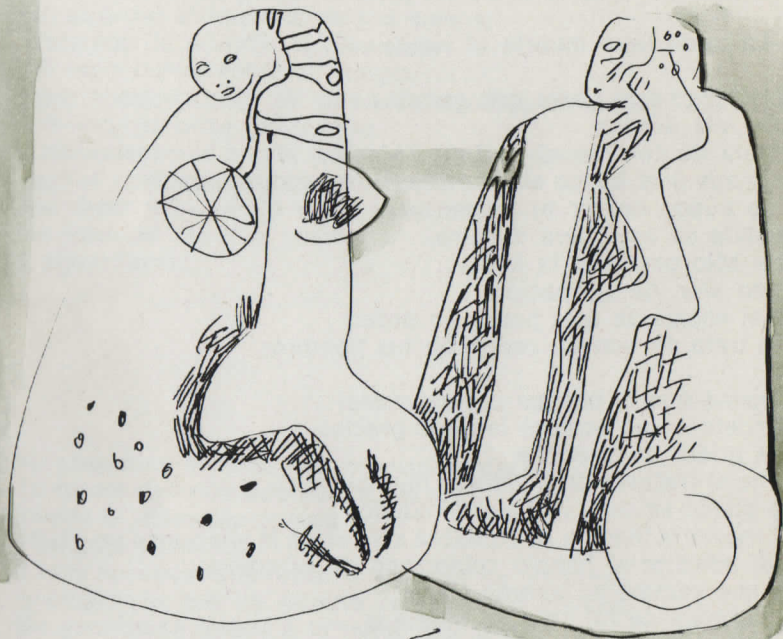
Sé que vivo atado a tí
apuntalando mis horas con la letra perseguida
que va dejando tu cuerpo,
miro cada recuerdo y te afirma
oscureciendo al temblor de tus pies.

—La tarde lleva muerto al viento—

Sólo tengo esta tierra que germina
bajo mis deseos
y trata de derribar el límite del viento,
bajo mis pies busco sin remedio tu forma primera
y no puedo definir tu presencia
perdida en esta fiera dulzura.
Tan sólo sentimos la lucha
como afán de afirmación
en el encaje de este juego sin orden
que trata de fijar su centro en tus hombros.

¡Déjame que te busque por salvarme!
Húndete en un bostezo lanzado preciso
a la grieta de la noche
como si trataras de alumbrar mi insomnio.
No puedo situarte ya bajo mi sueño,
mi memoria tendida se equilibra sólo entre la silenciosa cavidad
que advierte el templo colonizado de tu cuerpo.
en que camina su antena torpe
la hormiga de mi soledad continua,
mientras los hombres desnudan su muerte
y la clavan de golpe contra el sueño.

IMAGEN DE LA PRIMERA DESNUDEZ



J. Hernandez
68

Si recobrándote pudiera volverte a los espejos
de litorales verdes
litorales acorralados por alguien que duerme a la orilla
sin recordar.

Si te hubiera acumulado en una isla donde se expiara la condena,
una isla afilada que te asaltara como rehén
y no transitaras por las estaciones como lenta esposa.

Si aceleraras tu traslación horquillada al límite del agua.
Si descendieras con la cabeza opuesta al sueño
con río y con miedo,
miedo hecho sitio para llegar al dsecubierto.

Tarde de tu primera desnudez:
sería necesario recorrerte en circulo,
tensar la dimensión de tus lugares fantásticos,
librar las escolleras de tus pechos ceremoniales
a la vista del sol
y lanzarlos como aerolitos ruidosos a tu eclipse.

Bastaba aguardarte,
abrir el canasto de naranjas,
ascender las escaleras de la parroquia
o dividir el pan en la mesa,
para alinear y compartir tus labios.

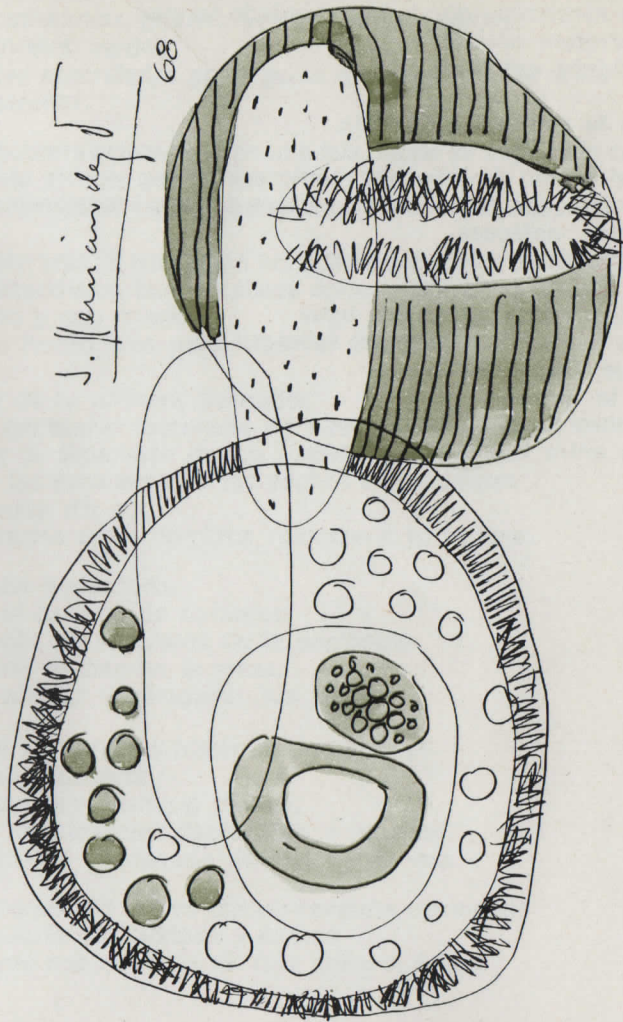
La memoria rueda frente al desván
(quiero ordenarte
dándote una multitud diaria),
entre los caracoles capturados y muertos
y la fuente condenada de alguna manera.

Para convivirte vuelvo frecuentemente extraviado
a la huerta deshabitada y áspera
al viento que deslinda mi ruta entre el follaje

a la viga carcomida donde he asimilado tu piel
en el derrotero animal
que te oteaba entre las ramas.

La tierra te estremece nómada.

Golpeo el tronco de este testimonio primitivo
en tu caminar que hunde en las grietas de lodo tus talones,
tus caderas violáceas,
el persistir de tu torzo húmedo
multiplicado en cada gota.
Cierras los ojos al golpe del agua
y olvidas tu realidad entre los árboles.
Aldea que viola el alba.
Aún no te levantas:
mi asombro fatigado te prolonga
continua entre lagos y sendas.



PRIMER TESTIMONIO

Estamos en la hora apasionante:
quien no se apasiona, no ama.

Cárdenas Peña.

Cuando me deslice peinando tu cabellera de sal
y abra paso en ataque infinito al mar de tu cuerpo,
me convertiré en un círculo aniquilado
y clavaré en el centro mi lanza primitiva y perpetua.

Entonces estaré en la hora ardiente.

No serán para nosotros las palabras que oiremos,
las que escondieron la rama inconsistente
de un lenguaje lentamente olvidado,
testimonio del propio dolor
delgado como la arena, triangular,
definido como la angustia de un eterno caminante del tiempo.

No es el regreso inmemorial y ciego,
sino ascender los escalones ya dispuestos,
y sacudir el alma del silencio equilibrado de mármoles
extraños.

Es tender la mano y transitar la angustia;
no atesorarla, sino viajar en todos los rostros
y arrebatarse de las frente las señales.

Es hundir en la tierra las manos
y arrancar las raíces más hondas.

Algunas veces es necesario tocarse,
percibirse como un padre lejano y restituirse.

Es algo de nosotros combatir contra el tiempo,
mientras nuestra sombra transita
y se esconde en lo único perdurable que parece que sueña.

Lo demás es eterno.

Entonces somos nube y viento y escultura de cosas,
y creamos la certeza de saber que somos más,
para que el universo estalle en nuestros dedos
y la muerte se coloque inefable,
hasta llegar al contorno de la herida y rescatarla.

(Yo suspendo vagamente su punta de cristal
que me entregue mi origen
abriendo el cerco preciso de mi rostro).

Ahora sólo es posible defender esta cara abrasadora
que se endurece poco a poco atada a la rueda del destino;
el espacio es limitado y abierto,
no hay regresión posible:
el delirio me envuelve
y sentencia la acerada comunión de los primeros deseos,
y una tierra desolada levanta por fuerza
los pies desnudos que ejercita el abismo.

Hemos llegado al punto donde los objetos y las formas
son realmente la escena donde penetra la vida,
se siente ya el instante que lleva la unidad desgarrada
y proyecta su perfil único en la angustia del hombre.

La piel solloza ardiendo a la atmósfera total del Universo.

Las manos exactas ofrecen con sus yemas extendidas
el derrumbe del antiguo crepúsculo.

El momento de una eternidad ajena nos asalta.

Hay que llenar los labios con el sabor nuevo de este segundo tacto,
el que ahora principia
y desliza su piel menos oscura

por haber comprimido la luz de la imagen verdadera,
guardada tantos años.

Ahora tengo la certeza del olvido próximo
y la única palabra de mi cuerpo en su memoria.

El advenimiento presintiéndose me dobla las muñecas,
palidezco reducido al horizonte
donde mi boca puntual nunca faltó a la cita,
y el grito largo a través de mi garganta
arranca las raíces pequeñas de otros hombres
como una virgen tímida quebrando su fugaz critalería.

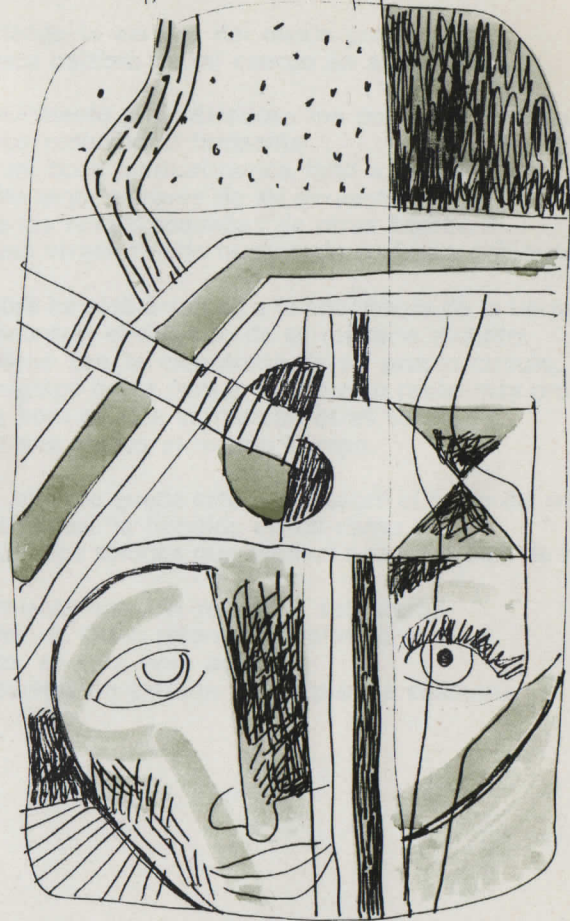
El hombre ha sido arrojado a la conciencia de la tierra,
para encontrar el desierto de su misterio distinto;
se sostiene con la monotonía de su propio círculo,
pero un golpe basta para arrojarlo a su razón más profunda:
en esta hora en que se marcan otras voces,
te digo que somos al mismo tiempo.

Tal vez sólo me quede este signo sobre el barro del mundo,
pero defenderé lo hundido en mi carne
y destruiré los sonidos que ascmen a la superficie de mi alma.

Una simiente humana revela su sed eterna
y el dolor de Orfeo retorna del infierno vacío;
en tanto, en esta hora ardiente,
una resurrección extraña y múltiple me consume.

CLAUDIA

J. // un an dy 68



En la madrugada las sirenas gimen tres veces
y los letreros de las paredes se visten
y golpean, campanadas iracundas,
el azul que tala el dormitorio.

Profundas disminuyen la placa de tu nombre.

Los abismos levantan la cabeza para mirar el planeta
que se siente apresado
y lanza un fuerte grito,
miedoso de que lo llamen ladrón,
con barómetros precisos y básculas de vacío.

A veces llegabas como anuncio de sirenas
en millones de pájaros,
transformada en la imagen que permanece al lado.
Triste con el día.

Estabas en todas partes con tus pupilas salvajes,
como barrio judío que padece la enfermedad
de sobrevivir.
Reflejaste tu imagen recordando lo que ocurría,
atisbando con las manos perdidas cada momento,
emigrantes humillados detrás de un mostrador de bar,
de piedad inmensa,
de atardecer entre manos,
de meterse preso como criminal.

Te descubriste subiendo la calle donde alquilaron disfraces,
mentira,
edad,
viajes alegres,
de pie frente a tanto
a oscuras en el pequeño escenario de esperanzas en la calle.

Habitual de letreros y gas,
de fanales de autos, cuervos de mi siglo,
venías a sonar el yunque
aplastando los sueños en el primer acero del cielo.

Igual que un cuadro de Modigliani,
al decálogo lineal que sobrevives,
te contemplo.

Escudriñas el horizonte con el catalejo antiguo de tu cuerpo
y abres las alas para apresar los últimos matices violetas
que la ciudad aún no se traga.

Eres un pájaro que se lanza.

Eres una gaviota.

Aquélla de Chejov que quisiste descifrar,
sin saber que tú misma eres una gaviota
arrojándote de nuevo
como la "S" difícil de sostener en el despoblar de mi cuerpo.

Exploras la vida indulgente a la culpa,
con el espíritu de una estación llena de hogueras.
Sólo esta astucia hace queja de ayer
y anima los placeres encontrando mi sitio vacío.

Reinarte por terror fue bruñirte a través del llanto.

Por ese articular de pesadillas, inmorales criaturas
escondidas detrás de las puertas ruinosas.

Por esas sonrisas que tienden la mano de payaso
a los centavos,
a través de jardines y barrios.

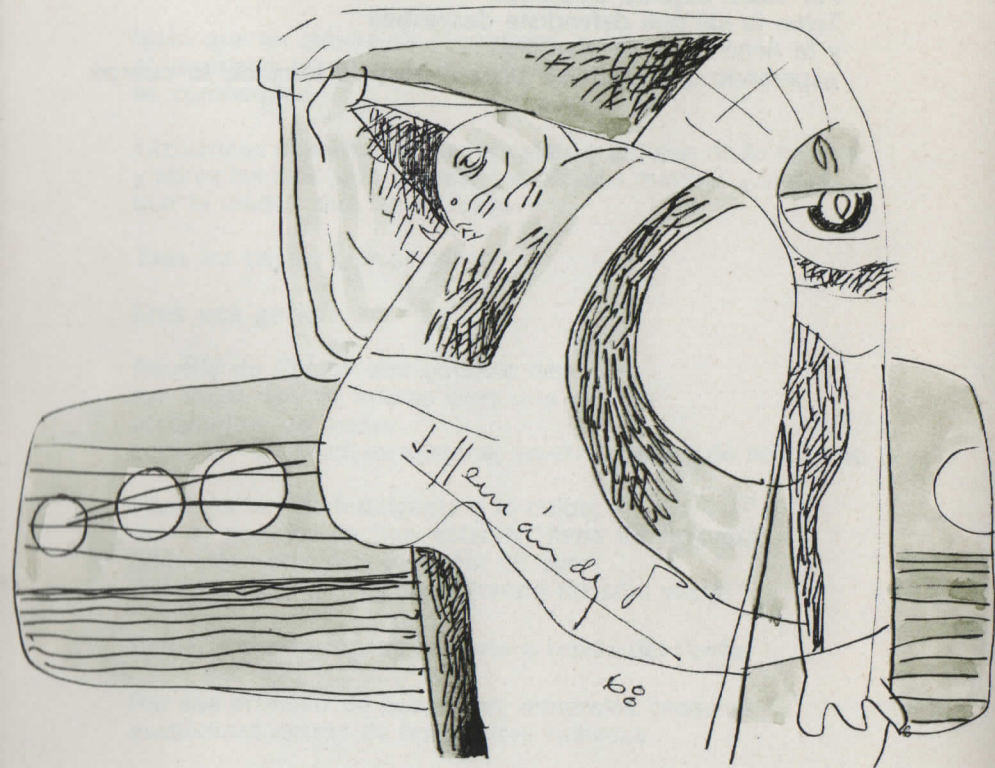
Por ese hombre balbuciente
donde la luz medita común entre él.

Por estas sirenas enlutadas.
Toma la sal que defendiste desvestida
y te llenó como la claridad
esperando que edificara poco a poco la torre de tu cuerpo.

RASTREADOR FUNEBRE

¡Aléjate! ¡Apártate de mi vista! ¡Vuelve bajo tierra!
¡Tus huesos están vacíos; tu sangre, fría;
carecen de mirada esos ojos que fijas en mí. . .!

Shakespeare (Macbeth).



Sube el lodo
y tu nombre y lo que ha envejecido
espera ahogado de paredes
y fechas
y tactos
y aves de rapiña.

Solitaria criatura inmoral: te digo en tardo heroísmo.

Rehusa tu representación necesaria
que te hacía impulsiva,
quiero forjarte para que tú misma te aniquiles.

Tu cara se obstina
y te recubro lejos.

Acudo a tus escombros,
tu boca sabe a fósforo.

Te resucito, y Dios no sabe dónde levanta por fuerza
el látigo de tus muslos —continuo país cerrado—;
por no ser otro los hábitos de palabras
y descifro el pronombre de los muros justos
tu costado y tu espectro y el bautismo de tu metamorfosis
y tus cabellos en arco y el punto de partida.

Has muerto vieja, madre
rosa de los vientos, camino,
carne que tiritaba
y tarde
y fantasma y primera mano acosada.

Cuanta agonía entre los minerales mojados;
la tierra no contiene tu peso.

Tu cabeza balancea en aroma salvaje tu remoto destino,
lo mismo que una antigua viñeta moldeada en hierro.

Las gentes cruzan los sentidos,
y esta manera incompleta. . .

Daría sus piernas inútiles por recobrarte.

El suelo era rojo rebano,
infantería obsesionada por encontrar tus mejores refugios.

Eras tú suspendiendo los pálidos meteoros de tus senos
y bordes como rieles y formas
y rieles que mantuvieron la dureza de cabalgar tu piel
y tensar el ancla de acero de tu cuerpo
siempre trunca.

Tú con todo lo bueno y lo malo
y mi pulso y mi voluntad
y las cosas en que he nacido
y todo lo que se ha movido natal a mi dedo
cuando fue puesto por primera vez sobre un cuerpo humano.

Como si fueras aún el vientre que agitara de nuevo el universo
continúo.

Y mi horario carnicero sabe
y vuelve a violarte y vuelves
cataclismo de infortunios y vellos y osamentas
y hierbas
y dientes y expediciones infinitas.

Humedad de tantas cosas.

Y prosigo implacable,
viejo rasteador inmóvil en el bote
arrojando su fatiga con el brazo corto al deseo.
No hay más tiempo.

Mi rostro regresa con tu lividez al hombro;
sólo envuelve el ávido atardecer.

Las moscas sobre tu vientre, clavadas como arpones
rezarán su memento con sus besos malsanos
y resplandecerán con zaña y para siempre
tu suave movimiento.

No me pesa tu muerte.

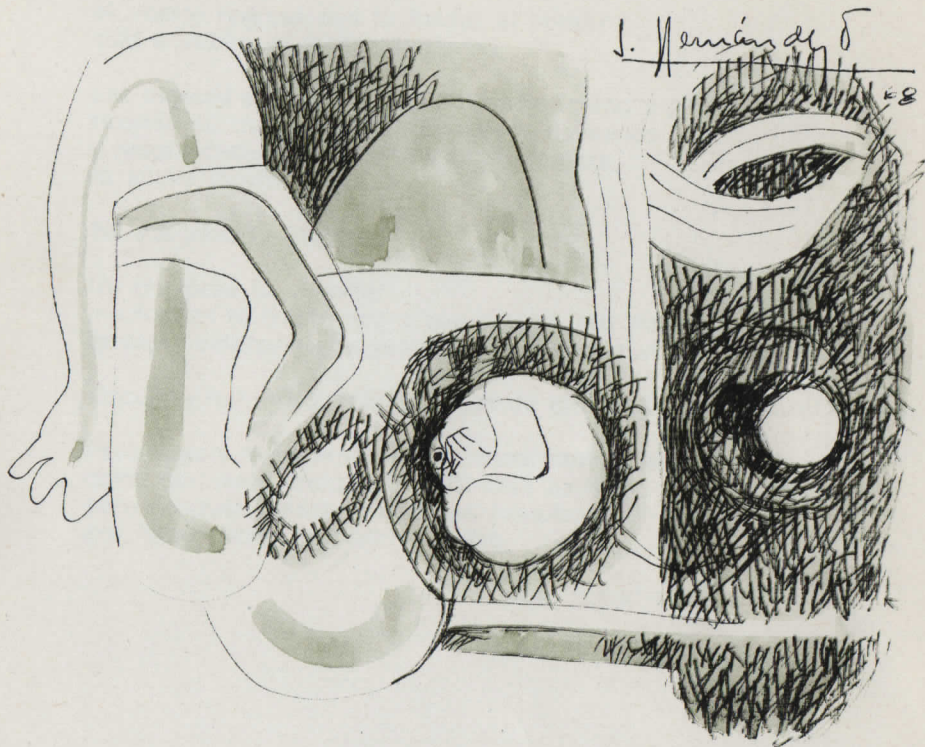
No me pesa tu muerte;
me fustiga tu frente negra que castiga mis manos,
tu vapor extenuado, tu gesto, tus blanquísimas cavidades.

Oscuro y luminoso, sólo el deseo de tenernos acompaña el cortejo.

Pero llegará mi cuerpo, viejo arsenal emboscado
como serpiente ondulante y rondará tu fosa,
para después estarse quieto, en tumulto,
por haber sido cambiado de sitio.

para Ingrid Ledet

CANTIGA DEL SALTIMBANQUI



Péndulo del viento
siembra entre los dedos cal y alarde a puños;
las mallas le golpean
y en pájaros festivos oblicuan su cintura.

El trapecio y el triple y lo alto en la clavada del cisne,
pegan el espacio a las orejas
y sostienen las ingles en lo redondo del aire.

El cirquero extraña las manos hinchadas
y el salto.

El salto
guadaña del viento que ovilla su cuerpo
hecho a voluntad e imagen del suicida.

El pecho va creciendo y son inútiles los días:
ya no te encuentro más en el vacío.

Porque después de durar la hierba
donde desnudos hicimos perdurable cada gemido
sin pedir ni necesitar;
se que los nervios o los músculos
o un despojo
pueden lanzar al abismo otros cuerpos
y clavarnos en el mundo.

Antes de que caiga el sol como criminal,
con ojos abiertos y brazos y piernas
y la boca repleta de deseos
y vuelva a la tierra más negra que tus cabellos
yo aquí, solitario, permanezco.

No son los sueños
sino forzar las manos para sentir de nuevo si el amor muere
o se devuelve golpeando como un astro.

Anticiparse y violentar la fe es amarte tanto.

(A cada instante descubro una muchacha
que tibia las noches con su cuerpo
y no ama a nadie
sino a su propia vida.)

Qué misterio esconde tu voz delgada al viento,
tu cabeza sobre el hombro,
cuando los hombres duermen
y la imagen se arruina
y la delicia de serpiente de su cuerpo
queda inmóvil.

Cómo prepararme a tu paso,
a la tarea de avellanar tu cuerpo,
abjurar el primer instinto de salvarme
y ser antiguo.

Desde dónde marchar y colmarse y poder contemplarlo todo.

(Era ciego y gritaba y sus gritos eran ciegos
como si no se diera cuenta.)

La tarde sin vuelo cae vacía.
Nace el silencio usurpando el último lamento;
y puede irse un poco del destino
y puede sentirse un poco de la muerte.

Yo no soy quien cruza tus subterráneos agrestes
con trágicas espadañas.
Tu dimensión de mujer encinta
tiene la forma de mis brazos;
y puedo cruzar la noche
y parecerme a tí

y hablarte con los labios de tristeza y tu misma mirada.
Eres como una virgen
y a caballo,
te cenizo y me extendo por tus cosas,
aprendo la eternidad con el instante
y atravieso.

Qué distancias tan enormes pueden sacar de los bolsillos
la imagen que pensé una vez dispersar
y ataviar de carne y de descanso.
Impiadosa abadía que incomunicara los rostros.
Extraños aliados tuyos los rostros que se dirigen de cien en mil,
en resistencia a toda costa y tanto tiempo.

Porque cuando siento desaparecer te toco a tientas.

Fue sólo haber caminado, encontrarte hacia atrás,
imaginar únicamente,
alcanzar de nuevo y quedarte.

Hay que recibir de tí todo lo que he poseído
y lo demás,
ir del tiempo a la soledad,
sacar toda la fuerza y consumirla en los brazos
como terrones fértiles.
Acumularte en las palomas del tejado cercano,
en el desnudo níquel del trapecio,
en el temor del cuerpo insomnoliento,
en la ropa mojada, en una bombilla,
en un trago;
en todo lo que sonríe y se abandona
y busca y desgasta y cansa los labios
diariamente.

Los troncos de los árboles

bóvedas de tus muslos
fueron armas menos ligeras que tu aliento.

El cuerpo del cirquero
zarco aún de crepúsculo
resquemora;
y el olor del miedo es tan fuerte
que parece que va a caer.
Su impulso entra en mis ojos
demasiadamente
y está aquí,
e igual que mi pequeño hijo cuando viva,
transforma poco a poco las sombras
en la cara del amor;
y percibe el infinito en cada objeto,
lo deshace con sus primeros tactos
y salta aferrado de las ásperas muñecas
que suspenden en medio de la carpa,
la parte del cuerpo tirado que aún vacila.

México 1966.